

del hombre con los demás seres, con las sociedades humanas, con el universo entero, y si nos preguntamos cómo el pecado ha turbado esas relaciones, cómo el gran plan del Criador ha sido desquiciado por el pecado, entonces, ¡ah! ¡cuántas pruebas se nos ofrecerán para concluir la necesidad de la resurrección de los muertos! Si partimos de ese principio incontestable de la teología, á saber, que Dios ha hecho todas las cosas por sí mismo y para su gloria (1), desde entonces, ¡cuántos vacíos, cuántas inutilidades, cuántas contradicciones, cuántos enigmas indescifrables nos ofrece el estado presente del mundo!... ¿Es nuestro cuerpo el que glorifica á Dios con sus instintos y sus inclinaciones perpetuamente ópuestas á la razón, con sus enfermedades, con sus deformidades, que algunas veces le trasforman en un monstruo espantoso? ¿Es ese universo el que glorifica á Dios, cuando, con todos sus desórdenes físicos, parece declarar una guerra perpetua al hombre, obra maestra de Dios; al hombre, pontífice de ese templo profanado? ¿Es el orden social el que glorifica á Dios con sus mil supersticiones y sus mil idolatrías, con esa fiebre que agita sin cesar á las naciones que se titulan las más civilizadas, y que impele frenéticamente al culto del placer y de la materia á las generaciones olvidadizas de Dios?

En vista de tantos desórdenes, ¿pretenderemos quitar á Dios el derecho, ó al menos la intencion de restaurar todas las cosas, almas y cuerpos, espíritus y materia, y traerlas á su verdadero fin, á su primitivo destino? Ahí están los misterios de la Encarnación y de la Redención para fijar nuestra incertidumbre y resolver todas las dudas. ¿Para qué el Hijo de Dios habría tomado un cuerpo, para qué habría glorificado ese cuerpo y le habría introducido en el seno de toda gloria, hasta lo más elevado de

(1) *Universa propter semetipsum operatus est Dominus. (Prov., xvi, 4.)*

los cielos, si no hubiera querido probar que la restauración emprendida por el Hijo de Dios debía comprenderlo todo, el cuerpo y el alma, el mundo visible y el intelectual? ¿Para qué ese nuevo Pontífice llamado á cantar eternamente el himno sagrado, á ofrecer el sacrificio eterno, si el grande corifeo no debía ser seguido de los numerosos coros vueltos á la vida; si la víctima inmortal no debe identificarse con innumerables víctimas santificadas por ella, y como ella dotadas de una doble sustancia? Si no hay resurrección de los muertos, es preciso decir que el Todopoderoso, en vez de restaurar su obra entera como había prometido, como lo había anunciado (1), no ha hecho más que anonadar su obra, ó una parte de ella, y sustituido al mundo de los cuerpos vivos un nuevo mundo, el de los espíritus puros.

No digáis que castigando el pecado con la muerte corporal en Adán y en su posteridad, que juzgando á cada hombre inmediatamente después de su muerte, que llamando á los unos á las recompensas eternas y entregando á los otros á castigos sin fin, Dios habrá hecho bastante por su gloria. No; su gloria no estaría por eso ni bastante vengada, ni bastante establecida. Por eso no habría vengado su gloria sino en cuanto ha sido atacada, combatida y destruida por cada hombre en particular. Le es necesario á Dios una rehabilitación solemne, general y pública de su gloria. Dios, en la obra de la creación, no había querido solamente obtener homenajes privados; había querido obtener homenajes públicos, comunes, universales de todas las criaturas coordinadas en un gran todo, y comprendiendo el orden corporal como el orden espiritual. Luégo el plan de Dios ha debido comprender y llevar envuelto en sí necesariamente

(1) *Instaurare omnia in Christo. (Ephes., i, 10.)*

el grande prodigio de la resurrección de los cuerpos y de un juicio universal.

Así, no es bastante para la gloria de Dios que las almas de los elegidos hayan sido admitidas triunfantes en los cielos á medida que la muerte ha venido á terminar para ellas las pruebas de la vida. No es bastante que el infierno haya tragado sucesivamente á sus víctimas, y que todos esos decretos de glorificación y de reprobación hayan llegado á ser inmutables.

Es por desgracia demasiado cierto que Dios ha sido en el mundo despreciado y ofendido con ultrajes públicos. Públicamente se ha acusado su santidad blasfemando la divina paciencia con que había tolerado el mal: públicamente se ha denigrado su providencia en la distribución de los bienes y de los males: públicamente se han hollado sus leyes más santas, y se ha llevado la osadía hasta poner en duda su existencia: públicamente Jesucristo ha llegado á ser un signo de contradicción, y ha sido despreciado, combatido, perseguido en su persona y en los miembros de su cuerpo místico, en su doctrina y en su religión. El Redentor de los hombres no reina en realidad acá abajo sino sobre un pequeño número de aquellos á quienes ha redimido; y diríase que ese reinado, tan magníficamente descrito en todos los oráculos de los profetas, no debe ejercerse más que á escondidas, y como procurando sustraerse tímidamente al desdén de sus triunfantes adversarios.

¿No es, pues, de toda conveniencia, de toda necesidad, para la gloria del gran triunfador, que llegue un día en que sus adversarios sean públicamente como el escabel ó escaño de sus piés? ¿No es preciso que haya en ese día gran juicio público, en que serán condenados los que han rechazado el reinado de su amor, el reinado de su misericordia, el reinado de su paternal longanimidad? Bastante largo tiempo reveló Dios al mundo su benignidad

inefable, los inagotables tesoros de su caridad: es preciso, no obstante, que á su justicia la llegue su turno: es preciso que se revele todo entero, con su fuerza tanto como con su bondad, con su justicia tanto como con su tierna compasión. Para regir los reinos efímeros de este mundo se ha comprendido que no se necesitaba solamente príncipes, sino que era necesario armarlos de autoridad y de fuerza, y de todo cuanto es la última razón de los derechos; y para regir el grande universo, los cielos de los cielos, el mundo de todos los espíritus, de todas las inteligencias, ¿no sería preciso un monarca que se revele en toda su majestad? No, no; esa señal de poder divino no faltará al que Dios ha establecido Rey de los siglos, y para el que ha creado los siglos (1). Se conocerá al Dios que ejerce su justicia (2). Las cosas de acá abajo concluirán por el cumplimiento de esta profecía que el Hijo del hombre dirigió á sus orgullosos adversarios, como su último desafío á la vez que como su supremá apología: «Sí, yo soy el Hijo de Dios; y vosotros, que me blasfemáis tratándome de blasfemador, veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios, y viniendo sentado sobre las nubes del cielo» (3).

Después de estas palabras, todo raciocinio es superfluo. Sí, habrá un juicio final, habrá resurrección de los muertos, y se oirán resonar estas palabras: «¡Levantaos, muertos, y venid á juicio!»

TERCERA PARTE.

La voz del ángel se ha hecho oír en el universo entero, y el polvo de los muertos se ha conmovido. En un abrir

(1) Per quem fecit et sæcula. (*Hebr.*, 1, 12.)

(2) Cognoscetur Dominus justitia faciens. (*Salmo* ix, 17.)

(3) Tu dixisti. Verumtamen dico vobis: Amodò videbitis Filium hominis sedentem à dextris virtutis Dei et venientem in nubibus cœli. (*San Mateo*, xxvi, 64.)

y cerrar de ojos todas las generaciones han vuelto á la vida para no morir más. Los efectos de la resurrección no han sido los mismos para todos: todos han resucitado, pero no todos han experimentado una feliz transformación (1). El estado en que cada uno ha resucitado puede ya producir el efecto de sentencia. Mas el grande objeto que Dios se ha propuesto en la resurrección de los muertos exige un juicio solemne, brillante y de inmensa publicidad, y para eso es necesario que todas las generaciones se encuentren reunidas en un mismo sitio. Que nuestra tímida y limitada razón no suscite aquí vanas dificultades en cuanto á la posibilidad y á la ejecución. El que puede con justo título llamarse el Dios de los espíritus, no se halla tampoco embarazado para condensar ó rarificar la materia: no puede faltar espacio al que es la inmensidad. La reunión de todas las generaciones ha sido profetizada, es necesaria, y tendrá efecto. Cuando la tierra fué sacada de la nada, las aguas estaban esparcidas por toda la superficie del globo terrestre. Mas apenas hubo Dios pronunciado estas grandes palabras: «Que todas las aguas se reúnan en un solo lugar» (2), al punto las aguas se elevaron de los fondos bajos que ocupaban, y se reunieron formando impetuosos torrentes, y corrieron de los puntos más lejanos á recogerse en un solo cauce y formar los vastos mares (3).

Según los profetas, la condición de las aguas primitivas debía ser la figura de la condición extrema de todos los pueblos: las grandes aguas son la multitud de los pueblos (4). Así, lo que hizo con las aguas primitivas, nos hará comprender lo que debe hacer con las multi-

(1) Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur. (I. Cor., xv, 51.)

(2) Congregentur aquæ in unum locum. (Gen., i, 9.)

(3) Et factum est ita; congregationesque aquarum vocavit maria. (Ibid., 10.)

(4) Aquæ multæ populi multi. (Apoc., xvii, 15.)

tudes de hombres al fin del mundo. El mismo poder que mandaba á las aguas, sabrá muy bien hacerse obedecer cuando pronuncie estas palabras: «Levantaos, naciones, reuníos en el valle de Josafat (1).» De todos los puntos del horizonte, desde el uno al otro polo, impelidas por una fuerza á que no quisieran obedecer, pero que no podrán resistir, las oleadas de las innumerables generaciones afluirán al gran valle para formar en él como un vasto Océano de todos los pueblos. *Congregate sunt aquæ in unum locum.*

Mirad á los justos elevarse por los aires, llevados ligeramente como ángeles en alas de la caridad. Mirad á los pecadores arrastrándose por la tierra como asquerosos reptiles. Oídes gritar al impulso de la fuerza irresistible que los arrebató: «Esperad, esperad un instante, que pueda encontrar un pariente que me asista, un amigo que me consuele, un protector y un abogado que me defienda.» ¡Ya no es tiempo!... En ese día cada uno tiene demasiado que ocuparse de sí mismo, para pensar en los demás. En ese día cada uno debe marchar solo y presentarse solo en el tribunal de Dios, solo con sus obras. Del mismo modo que las aguas primitivas arrastraron con ellas su légamo, así cada pecador en ese horrible viaje lleva consigo el triste equipaje de sus prevaricaciones (2).

¡Cuán triste es, pero cuán elocuente, el espectáculo de esos pueblos de pecadores que avanzan sollozando bajo el enorme peso de sus pecados!... Oídos: «¡Cuán pesada es á mis hombros la carga de esas iniquidades que me pareció tan ligera en los días de mis ilusiones!... Sucumbiremos con este insoportable peso, y, sin embargo, es preciso marchar: temblamos, y es preciso avanzar. Esta-

(1) Erumpite, gentes, et congregamini in vallem Josaphat. (Joel., iii, 11.)

(2) Opera enim illorum sequuntur illos. (Apoc., xiv, 13.)

mos helados de espanto, y, sin embargo, llegamos: el mismo peso que nos abrumba, nos impele.»

Hé ahí reunidos esos pueblos como las inmensas aguas. ¡Cuán misteriosa y profética es esa palabra *pueblos!*... Caracteriza muy bien el estado de las generaciones humanas en ese día. Sí, en ese día, todos son *pueblo*: sólo Dios es monarca, sólo Dios es poder, sólo Dios es grandeza. El Profeta lo había dicho terminantemente: «Sólo Dios será enaltecido en ese día (1).» En ese mundo que el fuego acaba de destruir, cuando la muerte abatía á los grandes de la tierra, á los nobles, á los ricos, dejaba subsistir grandeza, nobleza, riqueza. Era una herencia que, pasando de mano en mano, parecía gozar de un privilegio de inmortalidad. En ese día todos los reinos caerán con sus Reyes; todos los títulos desaparecerán con sus titulares; todas las grandezas se desvanecerán con el fausto de los grandes; toda distinción social quedará aniquilada con las sociedades de acá abajo. No habrá ya más que pueblos, todo el mundo será pueblo: *populi, populi in valle concisionis*. (Joel., III, 14.) Se reconocerán Pontífices, pero sin títulos; Obispos, pero sin mitra, monarcas, pero sin corona; grandes, pero sin comitiva; magistrados, pero sin insignias; militares, pero sin armas; generales sin ejércitos, damas sin adornos, religiosos y religiosas sin ornamentos ni hábitos sagrados. Serán como aguas cristalinas ó turbias, pueblos de justos y de pecadores confundidos y mezclados por algunos momentos: *aque multe, populi multi*. El nuevo nacimiento que todos los hombres habrán recibido en el seno del sepulcro, borrará todas las distinciones de origen, de raza y de familia. No habrá más distinción que la de Criador y criaturas, de hombre y de Dios, de justos y pecadores. Por una parte, Dios, amenazador, terrible, inexorable; por

(1) Exaltabitur solus Deus in die illa. (Is., II, 11.)

otra, los hombres consternados, confusos, temblorosos. En ese día, sólo Dios reinará y dominará: todo se hará por Él en ese día: *Exaltabitur Deus solus in die illa*.

Pero ¿qué agitación, qué trastorno se efectúa de repente en ese inmenso océano de pueblos? Son los ángeles de Dios que separan á los justos de los pecadores, á los elegidos de los réprobos (1). En adelante, la zizaña ya no estará mezclada con el trigo. Hoy se lleva á cabo la separación que debe justificar la Providencia divina. Las santas legiones de los justos deben estar separadas para siempre de la innoble y odiosa turba de los malos. No hay término medio entre los amigos y los enemigos de Dios; cada uno debe ocupar su puesto á la derecha y á la izquierda.

¡Cruel y desgarradora separación!... ¡Hora terrible para muchos!... ¿De qué podrían servir los lamentos, los gritos, los sollozos y las lágrimas? Aquí no se tiene consideración á las relaciones de parentesco, de amistad ó de sociedad. Según es justo ó pecador, cada uno es llamado á la derecha ó rechazado á la izquierda, sin gracia ni conmiseración. Toda otra distinción quedará borrada. El único título para la admisión ó la repulsa será la virtud ó el vicio, el crimen ó la santidad. *Separabunt malos de medio justorum*. Eran ciudadanos de la misma ciudad, miembros de la misma familia, sacerdotes y fieles de la misma iglesia, religiosos de la misma orden, tal vez cómplices de los mismos crímenes; según hayan sido inocentes ó culpables, penitentes sinceros ó pecadores obstinados, serán para siempre separados los unos de los otros. *Separabunt malos de medio justorum*.

«¿Qué haces tú ahí, pobre, durante largo tiempo desgraciado, durante largo tiempo despreciado y rechazado

(1) Exibunt angeli et separabunt malos de medio justorum. (San Mateo, XIII, 49.)

de todos? Ese no es tu puesto: ven aquí, á la derecha.—¿Y yo?—Tú quédate á la izquierda. La ignominia y el pesar tardío son tu patrimonio.—Hermano, ¿quién es el que me arranca de tus brazos?—El pecado.—Madre, ¿á quién me abandonas?—A la cólera de Dios.—Amigo, ¿con que es preciso separarnos?—Para siempre...» Así unos marcharán, y otros quedarán (1). Así tendrá lugar la separación de un hermano del otro (2).

¡Cuántas angustias, cuántos tormentos en esas separaciones!... Pero observad además otro efecto de esa terrible clasificación. Cada uno en su puesto será visible para todos, sin máscara, sin misterio y sin velo. Será reconocido por lo que es, por lo que fué en realidad, y de ahí la sorpresa y la estupefacción en los demás (3). ¡Cómo! ¿habré de creer á mis ojos? ¿Ese predicador, en la apariencia tan celoso, se halla colocado entre los hipócritas?... ¿Entre los sacrílegos ese sacerdote, ese confesor con tan grande renombre de piedad?... ¿Entre los ambiciosos é intrigantes ese religioso á quien se tenía por tan modesto y desinteresado?... ¿Entre los avaros ese párroco que parecía tan desprendido de todo?... ¡Qué condición tan triste la del hipócrita!... Hizo cuanto pudo por ser colocado por la opinión pública en el rango de los hombres virtuosos, y hasta en el de los Santos, y héle ahí para siempre en el de los malvados y réprobos. «¡Cuán desgraciado soy!... exclama; ¡cuántas miradas se fijan en mí!... ¡cuántas manos me señalan!... ¡cuántas bocas pronuncian mi nombre!...» «¡Él es... se dicen unos á otros; el religioso sacerdote!... Héle ahora con la marca del pecado sobre su frente, la turbación en el rostro y la desesperación en el corazón. ¡Oh confusión!... ¡oh

(1) Unus assumetur, et unus relinquetur. (*San Mateo*, xxiv, 40.)

(2) Inter fratres dividet. (*Os.*, xiii, 15.)

(3) Unusquisque ad proximum suum stupebit. (*Is.*, xiii, 8.)

ignominia!... ¿De qué le sirve el haberse querido engañar á sí mismo, á Dios y á los hombres? ¡Hoy es la risa, el desprecio, el objeto del horror y del asombro del mundo entero!...» *Unusquisque ad proximum suum stupebit.* (*Is.*, xiii, 8.)

En esos mutuos reconocimientos de los pecadores entre sí, ¡cuántas reprensiones, cuántas blasfemias, cuántas imprecaciones!... A los gritos de los que le reconocen: «Callad, callad, os ruego,» responde un miserable confuso y desesperado: «Callad, almas honestas, no recordéis los horribles artificios por medio de los cuales he procurado apartaros del camino de la virtud! ¡Callad, pobres, por tanto tiempo despreciados, no me echéis en cara vuestras largas miserias, mi cruel insensibilidad y mi negativa inhumana!... ¡Callad, niños, discípulos, subordinados, inferiores de todas las clases confiadas á mi cuidado y solicitud que debía salvaros con mi ejemplo, y he perdido con mis escándalos! ¡Callad las virtudes que me han faltado; callad los vicios que no he sabido ni rechazar ni espiar! ¡Lejos, lejos de mí la voz acusadora de mis desórdenes pasados!...» (1). «¿Por qué hemos de callar? responden las voces importuñas: ya no es tiempo de imponernos silencio. El cielo y la tierra hablan más alto que nosotros. Tú eres, indigno seductor, el causante funesto de mi pérdida y de la de tantos otros: sé para siempre maldito, execrado, aborrecido de todo lo que es capaz de aborrecer... ¡Qué mi dolor, que mis suplicios, que mi infierno entero caigan sobre tu cabeza y aumenten tu dolor, tus suplicios y tu infierno!...»

En el mundo actual, los pecadores son muy hábiles en usurpar los primeros puestos de la sociedad, y en ponerse siempre á la cabeza de todo. Un pergamino enga-

(1) Longè à salute mea verba delictorum meorum. (*Salmo* xxi, 2.)

ñoso, una condecoración honorífica colocada sobre un pecho deshonorado, un puñado de cruces heredado por casualidad ú obtenido á expensas de la probidad ó de la honra, algunos estudios superficiales en literatura, en filosofía, en política, es suficiente para adquirir rango y favor y figurar en el mundo como caballero, sabio, filósofo y hombre de Estado. En el fondo carecen de toda ciencia verdadera y de toda virtud: tan pobres de espíritu como bajos y rastreros por los sentimientos del corazón; tan infatuados con sus preocupaciones como malos apreciadores del mérito de los otros, no tienen más que indiferencia, lástima ó desprecio para todo lo que es conciencia delicada, verdadera santidad, humildad cristiana y religión tan ilustrada como sincera... «Es un sacerdote, dicen, un monje, una mujer devota, un cristiano ejemplar... pero todo eso es ignorancia, imbecilidad, superchería, impostura...» Creerán que hacen mucho si les dejan un pan para alimentarse, el aire para respirar y los ojos para llorar. Sin embargo, el justo se oscurece á medida que se le disputa más injustamente su lugar á la luz del sol, y consiente con gusto en ser olvidado, con tal que al menos tenga libertad para servir á Dios; y con gusto también abandona los primeros puestos á los que no le dejarían por su voluntad ni aun en los últimos rangos.

Bajo el gobierno de un Dios soberanamente justo, tan exorbitante injusticia debe ser reparada tarde ó temprano. Debe llegar un día en que los justos, los santos, los elegidos de Dios, sean reconocidos por lo que son, por las únicas almas verdaderamente nobles, sublimes, heroicas. Debe llegar un día en que los que por humildad se contentaron con los últimos puestos, sean elevados al primero, y en que el orgullo sea confundido, abatido, y la humildad triunfe y quede vengada: un día, en fin, en que se cumpla el oráculo del Verbo Divino: «El que

se eleva, será abatido; el que se humilla, será exaltado» (1).

Hé ahí lo que sucede: mientras que los pecadores, debilitados por el peso de sus cuerpos, humillados, amontonados unos sobre otros, como manadas de animales inmundos, aguardan, entre horribles agustias, la sentencia final, los justos, por el contrario, como nos lo ha revelado San Pablo, no estarán de ningún modo fijos en la tierra por el peso de sus cuerpos, porque estos, aéreos, sutiles, radiantes de luz, no encontrarán ninguna dificultad para elevarse por los aires sobre la región de las nubes, ni para dirigirse hácia Jesucristo. Brillantes, resplandecientes como nuevas estrellas, serán la admiración de los cielos y la envidia de la tierra (2).

¡Espectáculo delicioso!... helos ahí que van á mezclarse entre las sustancias espirituales, entre los ángeles de Dios, de los cuales es en verdad difícil distinguirlos. ¿No se ha dicho que serán como los ángeles de Dios en el cielo? (3) ¡Oh cuán admirables son en su exaltación!... Un aspecto de dominación sin fausto, de constancia y de firmeza sin desdén, una mirada majestuosa, la alegría y serenidad de su alma que no podrían encubrir sus cuerpos etéreos, traslúcidos, todo anuncia que han entrado en participación de la fuerza y de la majestad divina. Sin debilidad y sin orgullo ven derribados, abrumados por el peso de la justicia divina á los que en otro tiempo los habían perseguido y humillado (4).

Por otra parte, ¡cuánta es la humillación, cuál la opresión de corazón, el despecho y la desesperación de los pecadores al presenciar el triunfo de los justos!... Rechi-

(1) Qui se humiliat exaltabitur. (*San Mateo*, xxiii, 12.)

(2) Simul rapiemur cum Christo in aura. (*I. Tess.*, iv, 16.)

(3) Erunt sicut angeli Dei in celo. (*San Mateo*, xxii, 30.)

(4) Stabunt iusti in magna constantia adversus eos qui se angustiauerunt. (*Sap.*, v, 1.)

nan y hacen crugir los dientes, se muerden los labios y se desgarran las carnes. ¡Cuántos gemidos, cuántas convulsiones, sollozos y tardíos arrepentimientos!... (1). ¡Ah! exclaman: ¡nos hemos engañado completamente!... (2). Llamábamos insensatos, imbéciles, á los que marchaban por el camino de la verdadera piedad, de la sencillez evangélica, huyendo del mundo y ejercitándose en la penitencia. No encontrábamos bastante desprecio é irrisión para los que iban á enterrar en un claustro las esperanzas del mundo. No sabíamos más que despreciar y calumniar el espíritu de abnegación, de renuncia, de humildad, de retiro, de vigilancia y de oración, que no es más que el espíritu cristiano en su esencia y perfección. No cesamos de perseguir, de despreciar, de ridiculizar á los verdaderos servidores de Dios. Su virtud no fué á nuestros ojos más que locura; su prudencia más que falso cálculo; sus esperanzas más que pura ilusión; pensábamos que su fin sería tan poco honroso como oscura su vida (3). Ahora vemos muy bien que nosotros somos los insensatos, y que sólo ellos han sido los sabios. Ellos fueron los que supieron calcular bien y aprovechar el tiempo de la vida (4). Mientras que nosotros estamos aquí abatidos, degradados, atormentados bajo el yugo de los impuros enemigos de Dios y de los hombres, ellos, glorificados, colmados de honores y de alabanzas se estremecen de júbilo, son admitidos en el número de los Santos, y contados entre los verdaderos hijos de Dios (5). Su triunfo y su felicidad no tendrán fin.

¿Es preciso añadir á nuestro dolor y á nuestra des-

(1) *Præ angustia spiritus gementes. (Sap., v. 3.)*

(2) *Ergo erravimus! (Ibid., v. 6.)*

(3) *Vitam illorum aestimabamus insaniam et finem illorum sine honore. (Ibid., v. 4.)**

(4) *Nos insensati! (Ibid., v. 4.)*

(5) *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei. (Ibid., v. 5.)*

peración la presencia del Sér Supremo?... Que no venga ese temible Juez... No puedo pensar en su aparición sin estremecerme; sin temblar todo mi cuerpo... ¿Cómo podré sostener su vista? ¡Ah! Que no venga... (1)

Mas hé ahí que el cielo se abre... Hé ahí que se desarrolla en globos inflamados un impetuoso y grande torrente de fuego. Es el fuego que, según el Profeta, debe preceder á sus pasos (2). Es el fuego que, para las almas de Dios, se convertirá en soplo de consuelo, en luz de gloria y hasta en suave rocío de esperanza celestial; mas para los enemigos de Dios, ese fuego será más destructor que la cuchilla, más terrible que el rayo. Ese fuego, más rápido que la flecha, ha surcado los aires, y los estampidos de sus truenos han quebrantado los cielos: la tierra, sacudida hasta en sus fundamentos, tiembla, y parece hundirse (3).

¡Qué desgraciados somos los pecadores! ¿Cuál será nuestra suerte? ¡Montañas, colinas, venid y precipitaos sobre nosotros!... ¡Venid á aplastarnos con vuestro peso y á sustraernos á sus miradas (4)!... Mas ¿á quién dirigís vuestras palabras?... Montañas y colinas... Ya no las hay... al aproximarse el Señor se han fundido como la cera en el fuego, y la tierra entera temblando quisiera volver á entrar en la nada (5).

Los cielos que parecen en convulsión, los astros que se salen de sus órbitas, las esferas que se precipitan unas sobre otras, las bóvedas del firmamento que se abren, anuncian á todos los pueblos la justicia infinita,

(1) *Quis poterit cogitare diem adventus ejus et quis stabit ad videndum Deum? (Malach., III, 2.)*

(2) *Ignis ante ipsum præcedet. (Salmo xcvi, 3.)*

(3) *Illuxerunt fulgura ejus orbi terræ, vidit et commota est terra. (Ibidem, 4.)*

(4) *Tunc incipient dicere montibus: Cadite super nos! Colles, operite nos! (San Lucas, xxiii, 30.)*

(5) *Montes sicut cera fluxerunt à facie Domini, à facie Domini omnis terra. (Salmo xcvi, 5.)*